



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de junio de 2003

40 aniversario de la muerte del Papa Juan XXIII

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Hace cuarenta años moría el amado y venerado Papa Juan XXIII, al que tuve la alegría de proclamar beato, juntamente con el Papa Pío IX, el 3 de septiembre del año 2000.

El pensamiento vuelve espontáneamente al lunes 3 de junio de 1963: aquella tarde, cuando miles de fieles de Roma y peregrinos acudieron a la plaza de San Pedro para estar lo más cerca posible de su amado Padre y Pastor, el cual, después de una larga y dolorosa enfermedad, dejaba este mundo.

A las siete de la tarde, en el atrio de la basílica vaticana, el cardenal Luigi Traglia, provicario de Roma, iniciaba la santa misa, mientras él, en su lecho convertido en altar, consumaba su sacrificio espiritual, el sacrificio de toda su vida.

Desde la plaza de San Pedro, abarrotada de gente, se elevaba unánime hacia el cielo la oración de la Iglesia. Nos parece revivir aquellos momentos de intensa emoción: las miradas de la humanidad entera se dirigían hacia la ventana del tercer piso del palacio apostólico. El final de aquella misa coincidió con la muerte del Papa bueno.

2. "Este lecho es un altar; el altar exige una víctima: ¡heme aquí! Ofrezco mi vida por la Iglesia, por la continuación del Concilio ecuménico, por la paz del mundo y por la unión de los cristianos" (*Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, V, p. 618).

"*Ecce adsum!*", ¡Heme aquí! El pensamiento sereno de la muerte había acompañado durante toda su vida al Papa Juan, el cual, en la hora del adiós, proyectaba su mirada al futuro y a las expectativas del pueblo de Dios y del mundo. Con tono emocionado, afirmaba que el secreto de su sacerdocio radicaba en el Crucifijo, siempre conservado celosamente frente a su lecho. "En las largas y frecuentes conversaciones nocturnas —afirmaba— el pensamiento de la redención del mundo me ha parecido más urgente que nunca". "Esos brazos abiertos —añadía— dicen que ha muerto por todos, por todos; nadie queda excluido de su amor, de su perdón" (*ib.*).

No es difícil captar en estas breves palabras el sentido de su ministerio sacerdotal, totalmente dedicado a hacer que se conociera y amara "lo que más vale en la vida: Jesucristo bendito, su santa Iglesia, su Evangelio" (*ib.*, 612). Hasta el final latió en él este anhelo. "Mi jornada terrena —concluía el beato Juan XXIII— se acaba; pero Cristo vive y la Iglesia continúa su misión; las almas, las almas: *ut unum sint, ut unum sint...*" (*ib.*, 619),

3. Menos de dos meses antes, el 11 de abril, Juan XXIII había publicado el documento más célebre de su magisterio: la encíclica *Pacem in terris*, que he recordado varias veces durante este año. Toda la vida de este inolvidable Pontífice fue un testimonio de paz. Su pontificado fue una altísima profecía de paz, que encontró en la *Pacem in terris* su plena manifestación, casi un testamento público y universal.

"Es sobremanera necesario —escribió— que en la sociedad contemporánea todos los cristianos sin excepción sean como centellas de luz, viveros de amor y levadura para toda la masa. Efecto que será tanto mayor cuanto más estrecha sea la unión de cada alma con Dios. Porque la paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior de cada hombre" (Parte V: AAS 55 [1963] 302).

Para ser centellas de luz es preciso vivir en contacto permanente con Dios. Este venerado predecesor mío, que dejó su impronta en la historia, recuerda también a los hombres del tercer milenio que el secreto de la paz y de la alegría está en la profunda y constante comunión con Dios. El Corazón del Redentor es el manantial del amor y de la paz, de la esperanza y de la alegría.

Nuestro recuerdo del amado Papa Juan se transforma así en oración: Que interceda desde el cielo para que también nosotros, como él, podamos confesar al final de nuestra existencia que únicamente hemos buscado a Cristo y su Evangelio.

María —a la que solía invocar con la hermosa jaculatoria *Mater mea, fiducia mea!*— nos ayude a perseverar con la palabra y con el ejemplo en el compromiso de testimoniar la paz para contribuir a la edificación de la civilización del amor.

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española, en particular al grupo de Hermanas de la Compañía de la Cruz, a cuya fundadora, sor Ángela de la Cruz, he tenido el gozo de canonizar recientemente en Madrid. Invito a todos a imitar a los santos y santas, modelos de unión íntima con Cristo, de total fidelidad a su amor y de servicio incondicional a la Iglesia. Gracias por vuestra atención.

(A los fieles lituanos)

Recordamos el 40° aniversario de la muerte del beato Papa Juan XXIII. Que su ejemplo nos anime a todos a vivir una fe profunda, una esperanza sólida y una caridad ardiente.

(En checo)

La piedad de los católicos dedica el mes de junio a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El amor del Padre se ha manifestado a los hombres en el Corazón de su Hijo Jesús. Dirijámonos a él así: "Jesús, manso y humilde de corazón, transforma nuestros corazones; enséñanos a amar a Dios y al prójimo".

(En croata)

Como bien sabéis, mañana iré a vuestra tierra. Al manifestaros mi alegría por este viaje apostólico, en el que me encontraré con la población croata, me encomiendo a vuestra oración y de corazón imparto a todos la bendición apostólica. Nos veremos en Croacia. ¡Alabados sean Jesús y María!

(En italiano)

Amadísimos hermanos, gracias por vuestra participación; os deseo de corazón que este encuentro constituya para todos una ocasión providencial para reafirmar vuestra ferviente adhesión a Cristo y a su Evangelio.

Mi pensamiento se dirige ahora a los *jóvenes*, a los *enfermos*, y a los *recién casados*. Mientras nos preparamos a la solemnidad de Pentecostés, os exhorto a vosotros, queridos *jóvenes*, a ser siempre dóciles a la acción del Espíritu; os animo a vosotros, queridos *enfermos*, a invocar su luz y apoyo en el sufrimiento y en la prueba; y a vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que crezcáis en el amor que el Espíritu de Dios derrama en los corazones.

Me dispongo a comenzar mañana con gran esperanza mi tercer viaje a Croacia, tierra marcada por el testimonio de intrépidos discípulos del Evangelio. Este viaje tiene como finalidad confirmar en la fe a los hermanos y hermanas de la comunidad católica, que en el tiempo de la persecución religiosa han permanecido fieles a Cristo, y no temen afrontar los desafíos del momento presente, para seguir anunciándolo con valentía. En estos trece años, desde que reconquistaron la independencia, han consolidado las estructuras eclesiales y ahora se dedican cada vez más a

una penetrante acción evangelizadora.

Amadísimos hermanos y hermanas, os invito a acompañarme con la oración. Encomiendo este mi centésimo viaje apostólico a la Virgen santísima, tan venerada en Croacia, para que sea ella quien guíe mis pasos y obtenga para el pueblo croata una nueva primavera de fe y de progreso civil.